

tiva el sistema endocrino de alerta y disposición a la acción. Según un estudio, el 18 % de los practicantes de deportes son adictos inconscientes.¹⁴⁶

Miguel del Nogal, especialista en tratamiento de adicciones, advierte de cómo el *running* «acaba eclipsando todas nuestras actividades, se convierte en el eje central de nuestro día a día y nos hace vivir por y para él», lo mismo que cualquier droga. En un momento dado, «se dejan de hacer otras cosas con la familia o los amigos y si un día no es posible hacer deporte debido a una lesión o a un compromiso importante, el sentimiento de malestar se apodera de uno». Con el tiempo, «el círculo de amistades comienza a estrecharse únicamente entre las personas que comparten la misma afición por el deporte, mientras que las metas son cada vez más altas, convirtiéndose en una obsesión que puede ir acompañada de mucho sufrimiento físico y psíquico».¹⁴⁷ Y finalmente puede uno decir lo que Mike Tyson: «Fueron las drogas. Solo pensaba en las drogas. Yo creía que era Dios, me sentía como Dios».

¹⁴⁶ El Diario (2015).

¹⁴⁷ Gil (2014).

La tiranía deportiva

Corre, hijo de puta, corre. Corre, hijo de puta, corre. Corre, hijo de puta; corre, hijo de puta; corre, hijo de puta, corre. Corre, hijo de puta, corre. Corre, hijo de puta, corre. Corre, hijo de puta, corre. Corre, hijo de puta, corre.

Inicio de la canción

Corre, hijo de puta, corre, de Egon Soda.

Reinan el reloj y el cronómetro sobre todas las cosas, pero existe un lugar en el que no es ya que reinen, sino que imperan con el sadismo de un *Führer*. Ese lugar es el deporte, no por casualidad nacido en Inglaterra y al mismo tiempo que el capitalismo. Deporte y capitalismo, capitalismo y deporte, son un matrimonio muy bien avenido. El filósofo francés Marc Perelman, autor de un ensayo titulado *La barbarie deportiva: crítica de una plaga mundial*, lo tiene claro: «La institución deportiva es una de las instituciones fundamentales del sistema liberal-capitalista».¹⁴⁸ Expone este autor por ejemplo que

Los clubes, células de base de dicha institución, funcionan como empresas competitivas: los atletas dotados de mayor talento se compran y se revenden al mejor postor, al mismo tiempo que se desarrollan un proletariado y un semiproletariado (e incluso un lumpenproletariado) deportivos. La burguesía se interesó muy rápidamente por el mundo deportivo y se situó enseguida a la cabeza de los clubes y de las federaciones internacionales, de las que expulsó a la vieja aristocracia y a los mili-

¹⁴⁸ Perelman (2014), p. 79.

tares demasiado rígidos. La institución deportiva se integró en el modo de producción capitalista como rama específica de la división del trabajo.¹⁴⁹

No hace falta demorarse en explicar ese interés: el deporte es un negocio muy lucrativo, que mueve centenares de miles de millones. Solo el fútbol supuso el 2 % del PIB español en 2018.¹⁵⁰ Pero no es simplemente una cuestión de dinero nunca lo es. El deporte también es un pilar ideológico fundamental del sistema; un opio del pueblo; el nuevo circo que readapta el *panem et circenses* romano en el siglo XXI. Pero también un instrumento educativo; una correa de transmisión de los valores del capitalismo. Y también, decía Günther Anders, «un apaciguamiento sustitutorio —bien visto, cuando no fomentado— de la sed de solidaridad».¹⁵¹ Y también, como antes sucedía con la guerra, un campo de pruebas de lo que el capitalismo perpetra más tarde a mayor escala. Perelman expone en este sentido que

A través de sus estructuras locales, nacionales e internacionales, el deporte ha adquirido las dimensiones de un *poder mundial*, en el sentido de una autoridad que tiende a rodear, dominar y penetrar todas las actividades de una sociedad cuyos miembros, mutilados y sin proyecto colectivo, están sumidos en el colmo del desarraigo. A medida que se ha ido desarrollando, el deporte se ha convertido en la punta de lanza de un ejército dispuesto en orden de batalla a través de sus atletas, directivos, entrenadores, agentes, funcionarios y su gigantesca burocracia. Apisonadora de la Modernidad decadente, el deporte lo aplasta todo a su paso y *se convierte en el único proyecto de una sociedad sin proyecto*. El mundo toma la forma del deporte. Es el medio de comunicación mundial actual que unifica a individuos de todas

¹⁴⁹ Ibídem, pp. 79-80.

¹⁵⁰ Rosal (2018).

¹⁵¹ Anders (2011), vol. 2, p. 110.

las confesiones religiosas, de todas las clases sociales y de todas las ideologías.¹⁵²

El deporte, sigue razonando Perelman,

[...] legitima el orden establecido, sea cual sea este. Siempre integrador, contestatario jamás, y rara vez impugnado, [...] desempeña una función apologética del modo de producción dominante y del sistema en cuyo seno no solo constituye una rueda o un engranaje, sino la maquinaria misma. El deporte ejerce una función de estabilización del sistema dominante a través de la identificación con los campeones («los dioses del estadio») y la despolitización que suscita: la justificación de los grandes mitos (la competencia sana entre individuos), el respeto a la jerarquía natural entre los fuertes y los débiles, las desigualdades sociales reproducidas encubriéndolas bajo una pseudoigualdad entre los participantes, la constitución de un bloque socioideológico y práctico compacto, la puesta en marcha de una auténtica cadena: selección, entrenamiento, competición, medida, récord... El deporte es el nuevo opio del pueblo (más alienante que la religión), porque seduce por medio de una posible promoción de los individuos, poniendo así en evidencia la perspectiva de una jerarquía social paralela. En cambio, el carácter de «protesta» contra la realidad que aún contenía la religión, según Marx, ha sido sepultado por la potencia infinita de disolución engendrada por el deporte, que suprime de las conciencias cualquier impulso liberador y emancipador.

El deporte de competición es una apropiación del cuerpo, al que prepara para el trabajo en tanto que fuerza de trabajo «literate a explotar y exhibir. El principio del rendimiento corporal y de la productividad del organismo es el principio *sui generis* del deporte: mecanización y taylorización de los gestos, moral del esfuerzo, neutralidad ideológica y política. [...]

Todos los regímenes autoritarios y totalitarios han recurrido al deporte para reclutar a la juventud e implantar estructuras

Perelman (2014), pp. 91-92.

de personalidad autoritarias, agresivas, narcisistas; y, sobre todo, para crear masas ciegamente obedientes.¹⁵³

¿Qué otra cosa es un *recordman* que la versión deportiva y glamurosa del trabajador estajanovista? Luis de la Cruz explica en un libro al que se aludirá después que el deporte fue en origen un «entrenamiento vital para los tiempos medidos que el capitalismo hubo de inocular en los nuevos ritmos de trabajo, o para alejar al obrero de la taberna y otros lugares que resultaban, a ojos de la moral burguesa, nocivos para los intereses capitalistas».¹⁵⁴ Los *sports* eran juegos tradicionales ingleses a los que se dotó de reglamentaciones estrictas como una de las primeras vías hacia la consolidación de la ética burguesa. Se trataba de controlar el tiempo libre de los obreros con criterios morales. De la plaza o explanada que servía para todo (para el mercado, las fiestas populares, los ajusticiamientos...), el deporte fue trasladándose a nuevos campos de juego con medidas fijas y una única función, y el modelo que, así implantado, los británicos difundieron después al mundo entero se basó sobre todo en la idea de equipos con especialización por tareas que se enfrentan entre sí, con ganadores y perdedores.¹⁵⁵ No era el único modelo posible: a Indonesia, por ejemplo, el fútbol llegó también a través de militares británicos, pero se le aplicaron normas distintas: los partidos no duraban un tiempo fijo y concluían cuando los contendientes alcanzaban un resultado igualado. Y los anarquistas, opuestos por principio al deporte competitivo, buscaron uno que no lo fuera y fomentaban el excursionismo y la gimnasia, que no lo son.¹⁵⁶ Pero a la postre, fue el modelo competitivo el que acabó imponiéndose.

¹⁵³ *Ibidem*, pp. 83-84.

¹⁵⁴ Cruz (2016), p. 15.

¹⁵⁵ *Ibidem*, pp. 14 y 16-17.

¹⁵⁶ *Ibidem*, pp. 17 y 20.

Thorstein Veblen identificaba el deporte como una pseudoactividad; como una actividad sin sentido condecorada con engañosas insignias de seriedad e importancia.¹⁵⁷ Pero su seriedad y su importancia residen paradójicamente en su carencia de ellas. Que el deporte sea así nos predispone a cierta aceptación resignada de la futilidad, otra de las notas características de los tiempos que corren. El trabajo hoy es fútil en gran medida. Sometidos a una ultraespecialización, acometemos tareas fragmentarias y repetitivas sin utilidad alguna por sí mismas y cuyo fin mayor muchas veces se nos escapa, pero las acometemos sin rechistar. El deporte ayuda a que lo hagamos, porque hace a la insignificancia merecedora de los premios más pingües. Usain Bolt no aporta al bienestar humano nada más que nueve segundos de entretenimiento cada cuatro años, pero cobra por hacerlo lo que en el mundo no remunera a ningún científico.

Por otro lado, el deporte reemplaza la guerra y la civiliza canalizando energías que en otras direcciones podrían ser peligrosas.¹⁵⁸ Pero también prepara para ella si el capitalismo necesita que se dé el caso, porque asienta una relación de los individuos con su propio cuerpo basada en el sadomasoquismo: hacer sufrir y disfrutar sufriendo.¹⁵⁹ Para Adorno, «podría decirse que el deporte moderno intenta devolver al cuerpo parte de las funciones que le ha arrebatado la máquina. Pero lo hace con el fin de educar tanto más despiadadamente a los hombres para ponerlos al servicio de la máquina. Por ello pertenece el deporte moderno al reino de la ilibertad, cualquiera que sea el modo como se lo organice».¹⁶⁰ El deporte, dejó escrito el filósofo alemán, es una explosión controlada

¹⁵⁷ Cit. en Adorno (1962), p. 81.

¹⁵⁸ *Ibidem*.

¹⁵⁹ Perelman (2014), p. 84.

¹⁶⁰ Adorno (1962), p. 81.

«de violencia, represión y espíritu de codicia», y no en vano «las organizaciones deportivas fueron el modelo de las reuniones de masas totalitarias. Como excesos tolerados que son, suman en sí el momento de crueldad y agresión con el de autoritario y disciplinado respeto de las reglas del juego».¹⁶¹

Anders exponía por su parte en su monumental ensayo *La obsolescencia del hombre* que en los gritos del deporte ya reverbera algo asesino; un rudimento de deshumanización del otro que es la base misma de la guerra. Los rugidos que interrumpían y concluían los discursos de Goebbels —recuerda— se habían probado antes en los campos de fútbol, y no por casualidad las concentraciones de masas más famosas del Tercer Reich habían tenido lugar en el Sportpalast berlinés.¹⁶² Tampoco casual es que el origen de la maratón moderna esté vinculado al nacionalismo: la primera estadounidense, la de Boston —inaugurada el 19 de abril de 1897—, se celebró durante años el Día de los Patriotas, nuevo festivo instaurado por aquellas mismas fechas: se pretendía identificar la lucha norteamericana por la libertad con la de los antiguos atenienses. Y a raíz de su éxito, nacieron las cinco maratones de aficionados de la ciudad de Nueva York, que también se celebraban en días señalados para las distintas comunidades nacionales de la ciudad.¹⁶³

También nos acostumbra el deporte a las deslocalizaciones del capitalismo. En Estados Unidos, los clubes son franquicias que no necesariamente se vinculan a un lugar concreto de manera permanente. Suelen hacerlo, pero no han sido infrecuentes los traslados a otras ciudades cuando a la empresa que es el club le ha interesado por la razón que fuere. En la NBA, Los Angeles Lakers fueron antes los Minneapolis Lakers;

¹⁶¹ Ibídem, p. 80.

¹⁶² Anders (2011), vol. 2, p. 111.

¹⁶³ Cruz (2016), p. 31.

los Memphis Grizzlies, los Vancouver Grizzlies; los New Orleans Hornets primero se asentaron en Charlotte, etcétera. En *Los Simpson* se parodia el fenómeno en el capítulo en el que Homer emprende una huelga de hambre contra el traslado a Albuquerque de los Isótopos, el club de béisbol de Springfield. Pero no se trata solamente de deslocalizaciones físicas, sino también mentales. Los clubes son hoy combinados internacionales cuyo vínculo a nivel de plantilla con la ciudad que los acoge va tendiendo a muy tenue. Hace cincuenta años podía suceder que el Celtic de Glasgow ganara la Copa de Europa de fútbol —lo hizo en 1967— con una escuadra cuyos integrantes habían nacido, en todos los casos salvo uno, a menos de quince kilómetros de Celtic Park, el estadio del club. Hoy son, en cambio, la norma planteles con apenas uno o dos jugadores oriundos del lugar y se han dado casos como el del Arsenal de Londres de 2005, que llegó a disputar partidos sin ni un solo jugador no ya londinense, sino británico, ni en el terreno de juego ni en el banquillo de suplentes.

Los deportes de equipo remedan y anticipan al ejército y los individuales prefiguran al soldado en personajes como el tenista español Rafael Nadal, que aúna todos los rasgos del recluta ideal de cualquier armada: una máquina de matar en el terreno de juego; un titán de resistencia sobrehumana y cuya voracidad no ha mermado un ápice el ganarlo todo; pero también un patriota cuyo corazoncito se ablanda y a quien los ojillos se le ponen vidriosos cuando escucha la *Marcha real*. La imagen interesa al nacionalismo español y también al capitalismo, que lo que ve en ella y a partir de ella predica es un trabajador resistente, resiliente, resolutivo y dispuesto al sacrificio por el bien de su empresa. Como dice Manuel Delgado,

[...] el cuerpo del deportista es un cuerpo radicalmente domesticado, en que cada milímetro de piel, cada músculo, cada ar-

ticulación, han sido sojuzgados a los principios de la armonía y del orden racional, y en el que no queda apenas rastro de un pasado salvaje y libre. [...] Son cuerpos contabilizados, resultado de complejas operaciones de cálculo, en las que todo —entrenamiento, dieta, cuidados— está al servicio de principios de productividad. [...] una factoría, una fábrica en que el organismo humano [...] es] concebido como una máquina de correr, de saltar, de hacer flexiones, de nadar, de encestar o de marcar goles.¹⁶⁴

En los últimos años, el deporte se ha ido militarizando de manera casi explícita. Probablemente nada lo exprese mejor que la evolución sufrida por el fútbol brasileño. La selección que enamoró al mundo en 1970 con el *jogo bonito*, una filosofía de juego basada en el disfrute y el preciosismo cuyo líder era el izquierdista Sócrates —protagonista de la llamada *democracia corinthiana*, un período de la historia del club Corinthians durante el cual todo era decidido por el voto igualitario de sus miembros, ya se tratara del director técnico, de un jugador o de un dirigente—, con el tiempo y por distintas razones fue virando hacia todo lo contrario: el estilo *prusiano* cuyo más esclarecido promotor ha sido Dunga. El nuevo evangelio, escribe Michel Suárez, consiste «en desembarazarse del toque y del sentido asociativo para adoptar un pragmatismo que no contempla más que la victoria. El juego se ha convertido en un trámite y todo se subordina al esfuerzo, la entrega y la competitividad. [...] Ya no se habla de disfrutar o de la libre expresión del jugador, sino de ser *intensos*, de *competir*, de *sudar la camiseta*». Nadie se escandalizó —lamenta Suárez— cuando en el Mundial de Francia de 2018 la selección entró al campo en formación paramilitar, ni al contemplar a los futbolistas llorando aparatosamente cuando se escucharon las primeras notas del himno nacional: la deriva militarista y la hipersensibilidad patrioterica que aquellos

¹⁶⁴ Delgado (1992).

jugadores evidenciaban son las mismas que se han apoderado de la sociedad brasileña y explican el encumbramiento político del ultraderechista Jair Bolsonaro, presidente actual del país.¹⁶⁵

Abundando en la metáfora castrense puede afirmarse que, igual que los ejércitos de ocupación, el deporte impone su primacía por doquier. Comienza a hacerlo muy pronto, en los patios de los colegios, cuyo centro es típicamente ocupado por niños que juegan al fútbol y donde el resto de estudiantes, y sobre todo las niñas, quedan obligados a apartarse a los márgenes.¹⁶⁶ El disidente de este totalitarismo irá encontrando más tarde muchas otras manifestaciones concretas de la omnipresencia deportiva, desde la imposibilidad de escuchar otra cosa que programas deportivos en la radio los fines de semana hasta, en la montaña, cuando se cruzan en un camino estrecho un *runner* y un andariego, la tácita obligación de este último de apartarse para dejar pasar al primero.

El deporte también se parece a la religión. La historia ofrece muestras numerosas de maridajes entre ambos mundos. Así, por ejemplo, durante la colonización británica, la evangelización cristiana solía ir aparejada a la difusión de deportes como el críquet, que la Iglesia anglicana fomentaba. Sus pastores utilizaban metáforas deportivas en sus sermones,¹⁶⁷ y fue también en el ámbito anglosajón que en la segunda mitad del siglo XIX germinó un movimiento de trama laxa que, denominado Cristiandad Muscular, fomentaba el deporte como parte de su persecución de un ideal de ascesis corporal además de mental que suscribía las teorías eugenésicas y racistas en boga y era, además, virulentamente machista y homófobo. Obsesionados con el supuesto «afeminamiento»

¹⁶⁵ Suárez (2019).

¹⁶⁶ Borraz (2017).

¹⁶⁷ Zimmerman (2013), p. 3.

de la sociedad —que para ellos adquiriría su representación más acabada en el *dandy*, con su mezcla de elementos masculinos y femeninos y su rechazo del trabajo manual—, los *cristianos musculares* entendían que, si el hombre había sido creado físicamente superior a la mujer, esa diferencia debía ser ahondada todo lo posible a fin de erigirse en genuinos servidores de Dios.¹⁶⁸

No es difícil identificar conexiones entre la vida deportiva y la monacal: en ambas se contempla la mortificación del cuerpo como vía hacia lo sublime, y no hay mucha diferencia entre las dietas severas y otros rigores a que el deportista se entrega, llegando a renunciar incluso al sexo (los entrenadores suelen decretar la abstinencia durante los días anteriores a un partido o competición), y los ayunos y prescripciones de la vida frailuna. Más aún, el deporte se constituye en una suerte de nueva religión oficial de los países secularizados: los supuestos *valores del deporte* son proclamados por doquier y jamás se cuestionan, como no se hace en ninguna teocracia con el credo de Estado; y los grandes eventos deportivos paralizan la vida como antes sólo lo hacía la religión. Los foros —que hacen socios del club de sus amores a sus hijos en cuanto nacen: especie de bautismo— acuden al campo de fútbol, la pista de tenis o de baloncesto, el pabellón olímpico o la carretera transformada en circuito como el peregrino se dirige al santuario a presenciar la ceremonia sagrada y buscando lo mismo: una experiencia transformadora a través de la que escapar de la grisura y el desaliento de la vida cotidiana. En el balompié en concreto, no es inhabitual referirse al estadio del equipo de uno como *el templo*; y en general, el vocabulario asociado al fanatismo deportivo es idéntico al religioso: *fe, sacrificio, espíritu, pasión...*

¹⁶⁸ Peterson (s. d.), Titterington (2017).

Pero si hay un templo por excelencia de la religión deportiva en nuestros días es el gimnasio. «Hangar maloliente y farrado de espejos» en excelsas palabras de Mark Greif,¹⁶⁹ lais de la Cruz no ve en él otra cosa que

[...] un dispositivo de control social. Los espejos de sus paredes, el ambiente aséptico, la música pensada para *producir*, el esfuerzo como sustitutivo actual de la penitencia, la existencia de uniformes —aunque sean informales—, la posición de autoridad del monitor..., todo contribuye a dibujar el gimnasio como un centro donde la ideología dominante esculpe nuestro cuerpo y nuestra mentalidad.¹⁷⁰

Zan Romanoff señala que los estadounidenses acuden a los gimnasios como lo harían a un santuario: «reúnen a personas en una comunidad y les dan un ritual para llevar a cabo» y son una «nueva forma de buscar la claridad mental y las experiencias espirituales». Se paga un diezmo para sostener a la comunidad, sus miembros visten ropas que los identifican simbólicamente y el monitor hace las veces de sacerdote. Y «como toda religión, el *fitness* ha cambiado y salvado vidas y también ha arruinado algunas».¹⁷¹

El deporte interesa, en fin, de muchas maneras al sistema, y no por casualidad es Rafael Nadal reclamo publicitario de uno de los grandes bancos españoles, el Sabadell. Una de las campañas en que esta entidad cuyo lema podría asumir para sí el Gran Hermano de Orwell («Estar donde estés») ha utilizado su imagen se titula «Respuestas inmediatas» y también pone en escena a otras veintinueve celebridades que en muchos casos son deportistas: la nadadora Ona Carbonell, el exbaloncestista Fernando Romay y la piloto Laia Sanz se

¹⁶⁹ Cit. en Castillo (2019), p. 191.

¹⁷⁰ Cruz (2016), p. 52.

¹⁷¹ Romanoff (2017).

cuentan entre ellas. Diseñada para presentar al banco como eficiente y dispuesto a proporcionar servicios financieros rápidos, consiste en vídeos en blanco y negro en los que se pide a los entrevistados respuestas inmediatas y simples a preguntas ya banales —como por qué las huchas tienen forma de cerdito o por qué en las bolsas de pipas siempre hay una mala—, ya complejas, como de qué depende el éxito. También otras como cuál es el mejor consejo que ha recibido el personaje en cuestión en su vida o qué sacrificaría a cambio del éxito, lo que recuerda a algo que escribía Emilio J. García Wiedemann en su prólogo al *Contra el hombre* de Agustín García Calvo: «Si Goethe escribiera hoy su *Fausto* no haría que su personaje vendiera su alma al diablo a cambio de la eterna juventud, sino por el Éxito, que, como es bien sabido, debe ser “Personal”». ¹⁷² Al capital le gustamos así: rápidos, simples, hombres de acción que no piensen demasiado o, por mejor decir, sigan ciegamente sus instintos primarios. Pero solo fuera de la fábrica: muy distintas cosas se nos exigen dentro de ella. Terry Eagleton dejó escrito que «el capitalismo requiere un ser humano que sea prudentemente sobrio en la oficina y salvajemente anárquico en el centro comercial». ¹⁷³ Y deportistas como Nadal sintetizan las dos cosas: salvajemente obedientes y obedientemente salvajes, hacen parecer irreverente, transgresor, el acatamiento de las directrices militares del sistema.

Esa paradoja, el *running* y sus mundos limítrofes no la representan menos. El tono transgresor y desenfadado es muy característico de sus estrellas. Ofrece un buen ejemplo el *ultraman* Valentí Sanjuan. Su página *web* incluye una sección de «Música que me pone palote»; sus vídeos, presentados

¹⁷² García Calvo (1996), p. 20.

¹⁷³ Eagleton (2005), p. 40.

como «mi vida y miserias en un vídeo diario, madafaka!», llevan títulos como «Enano mis cojones», «Todo va como el culo», «Bajadas pa matarse», «Primer ostión en pareja», etcétera; en su sección de *merchandising*, el botón de comprar dice «Pa la saca!» y las fotografías de sus charlas y las presentaciones de sus libros —uno de los cuales se titula *Vivir es la polla*— muestran a este hombre de treinta y ocho años con una gorra del revés, sacando la lengua y haciendo el saludo *heavy*, como un adolescente estereotipado de anuncio rancio de televisión. Pero nada transgrede en realidad Sanjuan, que se presenta como «un exgordo que un día se levantó del sofá» y hace suyo todo el lemario del darwinismo social contemporáneo. «Imposible? Mis cojones!!», dice una de sus camisetas más vendidas. Un negrero que encontrara reticencias de sus esclavos a ejecutar un objetivo de producción disparatado no diría otra cosa antes de chasquear el rebenque.

También por el *running* han mostrado interés mercadotécnico los bancos y otros grandes leviatanes del capitalismo; y en España, Bankia o la energética Iberdrola, que han pasado en televisión anuncios contruidos sobre la figura de los *runners*, o la aseguradora Nationale Nederlanden, que patrocina en Madrid la San Silvestre vallecana y otras carreras y dispone de su propio equipo de corredores formado por trabajadores de la firma, a los que se anima fuertemente a participar. «Buscábamos un deporte que cubriera todas las edades y sexos y que no fuera elitista, sino que cualquiera lo pudiera practicar. A nosotros como entidad financiera nos importa el bienestar de la gente y el *running* tiene que ver con ese bienestar», explicaba en 2016 Virginie Gonzalez, subdirectora general y responsable de *marketing* de la compañía. ¹⁷⁴ Es una bonita versión oficial, pero el ya citado

¹⁷⁴ Osorio (2016).

Luis de la Cruz, autor de *Contra el running: corriendo hasta morir en la ciudad postindustrial*, maneja otra teoría al respecto de este interés. El *running*, afirma, «es perfecto a efectos de vender la idea interclasista de consumo cultural y deportivo. Es cierto que para correr solo hacen falta unas zapatillas. Sin embargo, el turismo asociado al *running* o las carreras para emprendedores se imponen como nuevas fronteras sociales, lo mismo que los caros complementos de moda». ¹⁷⁵ Seguidamente, alude a un interesantísimo estudio de *The Washington Post* consistente en analizar una serie de mapas de las rutas de *running* más populares en las principales ciudades europeas y norteamericanas; mapas que había realizado el experto en análisis de datos Nathan Yau con datos provenientes de la aplicación para corredores *Runkeeper*. Se llegó a la conclusión de que la mayoría de rutas populares coincidían con las áreas de mayor poder adquisitivo: hay, por ejemplo, pocos corredores al sur del Támesis en Londres y una gran diferencia entre Manhattan y Brooklyn en Nueva York. Pese a que pueda existir algún sesgo relacionado con el mayor uso de *smartphone* en las franjas acomodadas de la población, no deja de ser significativo. ¹⁷⁶

Luis de la Cruz también hace en *Contra el running* un paseo crítico por la historia del deporte moderno y traza un vínculo estrecho entre la expansión de este y la del capitalismo postindustrial, del que explica que ha hecho perder peso a «las organizaciones obreras y la práctica de los deportes de equipo mientras que los deportes individuales han ido ganando adeptos», algo a lo que coadyuva que «los horarios de trabajo y las distancias de las grandes ciudades dificultan quedar con los amigos para jugar al fútbol, pero sí es posible ir a correr o al

¹⁷⁵ Cruz (2016), p. 67.

¹⁷⁶ *Ibidem*, p. 68.

gimnasio antes de salir del trabajo». ¹⁷⁷ Analiza además el discurso de quienes monopolizan la narrativa del *running* desde posiciones de poder y muestra cómo el *running* («individualista, adicto al movimiento continuo, rápido e inestable como la gramática de los bits»; «metáfora que expresa la constancia, la progresividad, la ambición o la necesidad constante de motivación») ¹⁷⁸ y el deporte de aventura («una ficción de descontrol controlado») ¹⁷⁹ han ido colonizando las diapositivas de PowerPoint en los centros de negocio y la filosofía barata de los libros de emprendimiento. Ash Maurya vende decenas de miles de ejemplares de *Running lean*, un manual en el que expone un método para *startups* basado en los fundamentos del *running*; no hay escuela de negocios que no disponga de su propio equipo de corredores; por doquier se organizan eventos deportivo-empresariales llamados *Running to the Future* o *Carrera del Emprendedor* y los periódicos económicos publican reportajes sobre la afición al *running* de altos directivos de grandes empresas. El español *Expansión*, por ejemplo, publicaba en 2014 uno sobre «El *running*, el deporte millonario que atrae a los ejecutivos» en el que ponía de ejemplo de estos «guerreros del *running*» a Ángel Serrano, de la consultora inmobiliaria Aguirre Newman («un competidor nato» que «ama los desafíos») y Ángel Cano, consejero delegado del banco BBVA. ¹⁸⁰

De la Cruz no busca en su libro —puntualiza— hacer «un ajuste de cuentas contra una disciplina deportiva ni un intento de estigmatización de quienes salen a correr» ni «un alegato contra la liberación de endorfinas», y afirma que «cualquiera que haya hecho deporte sabe del bienestar físico que puede

¹⁷⁷ Grodira (2016).

¹⁷⁸ Cruz (2016), p. 9.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 25.

¹⁸⁰ Martínez (2014).

producir el agua caliente de la ducha sobre la nuca tras una sesión de fatiga física». ¹⁸¹ A lo que ataca es al *running* como constructo discursivo utilizado por las clases pudientes para reproducir su propia narrativa de dominación. A su decir, «la figura del *runner* entrenando con los cascos puestos remite al creciente individualismo» y «las ideas que hay detrás del *running* son sospechosamente muy similares al discurso de los libros de autoayuda y de emprendimiento». ¹⁸² Se promueve el espíritu de superación y de perseverancia, pero siempre enfocado a la productividad personal, a la competitividad y al individualismo»; discurso que «conecta muy bien con las grandes masas que aspiran a ser clase media. El *Impossible is nothing* de Adidas puede resumir bien esta ideología común a los tres». ¹⁸³ El *running*, dice también,

[...] se presenta como un estilo de vida más que como simple ejercicio físico, como pose moral adecuada para presentarse en sociedad y misticismo para la vida mercantilizada. También como representación plástica de la productividad convertida en religión: frente al hecho improductivo de deambular (normalmente durante «tiempos muertos»), el *running* se inserta en la productividad personal. ¹⁸⁴

De que el *running* interesa, y mucho, al capitalismo también habla a las claras cómo en torno a él ha ido germinando toda una miríada de negocios. En conjunto, en 2016 se calculaba que la industria del *running* movía más de trescientos millones de euros al año. ¹⁸⁵ La fiebre corredora enriquece en primer lugar a los vendedores de ropa y calzado deportivos:

¹⁸¹ Cruz (2016), p. 11.

¹⁸² *Ibidem*, p. 9.

¹⁸³ Grodira (2016).

¹⁸⁴ Cruz (2016), p. 11.

¹⁸⁵ Grodira (2016).

entre 2009 y 2013, la venta de zapatillas deportivas se duplicó, pasando de 1,18 a 2,27 millones de pares vendidos al año, ello pese a un incremento de un 20 % del precio de cada par en el mismo período. ¹⁸⁶ También hacen el agosto los fabricantes de complementos nutricionales y los de toda clase de *gadgets*: *chips* que miden resultados, pulsómetros, dispositivos para escuchar música, etcétera. Lo hacen asimismo las agencias de viajes especializadas en lo que ya se conoce como *turismo de maratón*: lo mismo los veteranos del sector —como Viajes El Corte Inglés o Thomas Cook— que nuevas agencias especializadas ofrecen paquetes que incluyen vuelo, traslados, alojamientos, el dorsal y a veces algunas dietas, como la *fiesta de la pasta* que suelen programar los organizadores de estos eventos el día antes de la competición. E incluso las ciudades tratan de monetizar el fenómeno *runner*: no la hay ya que en su *web* turística no incluya el *running* entre sus encantos. Así se anuncia, por ejemplo, la vasca de San Sebastián en la suya:

Donostia/San Sebastián es una ciudad hecha para correr. Además de sus interminables paseos al borde del mar, cuenta con innumerables calles peatonales, ajenas al ruido de los vehículos, que la convierten en una ciudad ideal para recorrerla corriendo. Es el mejor escenario para los amantes del *running* al aire libre. Una ciudad sostenible que permite conjugar el deporte y el ejercicio con la belleza de parajes como la Concha, el Peine del Viento o los paseos peatonales junto al río.

En Donostia/San Sebastián hay una gran afición al *running*, y los numerosos aficionados y los visitantes pueden disfrutar de las muchas carreras populares que tienen lugar en la ciudad a lo largo de todo el año. El nivel de participación de estas carreras suele ser muy alto, y en las más conocidas, son muchas las personas que llegan desde fuera de nuestro territorio para disfrutar de una afición tan saludable.

¹⁸⁶ *Ibidem*.

Podría pensarse que el *speedclimbing* es impermeable a todas estas apropiaciones al no tratarse de un deporte de masas propiamente dicho, pero se erraría. Kilian Jornet, que en *La frontera invisible* cita el *Conquistadores de lo inútil* de Lionel Terray para reflexionar que «escalar picos no sirve de nada desde la perspectiva mercantil que rige el mundo de hoy en día, en lo alto de las cumbres no encontramos nada material, pero en cambio desde el punto de vista espiritual lo encontramos absolutamente todo»,¹⁸⁷ no ha tenido inconveniente en convertirse él también en hombre anuncio. Protagonizó la campaña de Mercedes Marco Polo, una «autocaravana para excursionistas exigentes» vendida como la más lujosa del mercado. Tal vez la función del *speedclimbing* en todo este orden mercadotécnico acabe siendo esa: vender la distinción, el lujo, la excelencia, la aristocracia del consumo, la pertenencia a la élite, el abyecto *no para cualquiera* de un mundo de jerarquías y feroces escalafones que debe ser destruido tal como Catón el Viejo bramaba que debía serlo Cartago.

Del dios maratoniano, todo puede impugnarlo su ateísmo: incluso sus presuntos, y parece que falaces, beneficios para la salud. Un estudio dirigido por el profesor Chirag Parikh, de la Universidad de Yale, que analizó a un pequeño grupo de participantes durante la maratón de Hartford en 2015, mostró que el 82 % de los corredores presentaban después de la carrera insuficiencia renal aguda motivada por el aumento sostenido de la temperatura corporal central, la disminución del flujo sanguíneo a los riñones y, sobre todo, la deshidratación provocada por la excesiva sudoración, problemas tanto más graves cuanto más cálido sea el clima del lugar en que se celebre la prueba.¹⁸⁸ Parikh asegura haber «demostrado que

¹⁸⁷ Jornet (2013), p. 22.

¹⁸⁸ Molins Renter (2017).

hay el mismo grado de lesión e inflamaciones después de correr una maratón que en los pacientes que acaban de salir de una cirugía cardíaca o de la UCI».¹⁸⁹ De esas lesiones, el corredor se suele recuperar por completo en dos días, pero pueden provocar de todas formas un impacto a largo plazo, y especialmente cuando se repite el proceso una y otra vez, aunque la magnitud concreta de dicho impacto todavía es desconocida debido a que el *boom* de las maratones es aún muy reciente y a que falta financiación para proyectos de investigación de este tipo.¹⁹⁰

Los estragos provocados por correr una maratón se hacen tanto más probables cuanto, según el VI Estudio Cinfasalud sobre «Percepción y hábitos de los corredores y corredoras españoles», efectuado a partir de una muestra de 2400 *runners* de entre veinte y sesenta años, nueve de cada diez no se preparan adecuadamente, tres de cada cuatro no se han hecho nunca una prueba de esfuerzo ni siguen un plan de entrenamiento regular y la mitad no calienta antes de correr ni estira después.¹⁹¹ Eso, a veces, mata, y parece que no poco: según el Registro Nacional de Muerte Súbita en el Deporte, cada año se producen entre 150 y 200 muertes entre deportistas tanto profesionales como aficionados. Y de ellos, nada menos que unos cien son *runners*.¹⁹²

La maratoniana profesional Alessandra Aguilar reconocía en 2018 que ha tenido mejores analíticas durante su embarazo que mientras entrenaba y competía; y ella es una atleta profesional, que vive por y para correr y se prepara a conciencia para ello.¹⁹³ No sucede así con los corredores *amateur*. Pedro Ma-

¹⁸⁹ Hamblin (2017).

¹⁹⁰ Molins Renter (2017).

¹⁹¹ Cinfasalud (s. d.).

¹⁹² Molins Renter (2017).

¹⁹³ Fleitas (2018).

nonelles, presidente de la Sociedad Española de Medicina del Deporte (SEMED) lamenta el incremento del número de «gente que no ha hecho deporte en su vida y quiere correr un maratón ¡Sin prepararse! Se compran unas zapatillas y unos auriculares y se tiran a la calle».¹⁹⁴ Otro facultativo, Josep Brugada, cardiólogo del Hospital Clínic de Barcelona, clamaba a su vez en 2016 contra lo que definía como una «especie de locura» y el hecho de que «cada fin de semana enterremos a una persona aparentemente muy sana porque hace mucho deporte». Decía Bruguera entonces al periódico *El Español* que «el asunto es que no todo el mundo tiene que correr un maratón y ahora mismo vemos gente de entre 40 y 45 años que no ha corrido en su vida y que les da una especie de *cosa tremenda*, un tema vital, y empiezan a correr y a los seis meses quieren hacer una maratón». Muchísima gente —aseveraba con indignación— no está «psicológica y físicamente preparada» para apuntarse a una prueba de este tipo. Y detrás de todo ello —añadía— hay un error de base: el de que se esté fomentando que se corran maratones cuando lo que hay que incentivar es «un deporte sano, normal y adecuado a cada persona».¹⁹⁵

La cuestión es que, como dice Iker Martín Urbietta,

Esto es un negocio. Y el que no lo vea es que o no quiere verlo o es un poco cegato. Un negocio. Como el que monta una churrería, quiere vender churros. El negocio del *running* quiere vender *running*. ¿Esto es malo? Para nada, si se tienen unos principios éticos. De la misma manera que no es malo hacer cuchillos, aunque puedas apuñalar a alguien. El problema viene cuando en aulas de primaria repartes cuchillos para que jueguen. Habrá niños que sepan que con eso no se juega y habrá otros que por desgracia se corten.¹⁹⁶

¹⁹⁴ Cifuentes (2017).

¹⁹⁵ Iriberry (2016).

¹⁹⁶ Martín (2016).

Ejemplos concretos de las consecuencias letales de todo este fomento irresponsable hay muchos. Matt Campbell, un atleta aficionado de 29 años, murió en Gran Bretaña en 2018 después de cometer la insensatez de correr dos maratones en quince días. Falleció durante el de Londres, que estuvo marcado por altas temperaturas que alcanzaron los 24 grados. Ya antes, en 2007, había muerto un corredor en la misma maratón, en otra ocasión calurosa y accidentada en que las temperaturas alcanzaron los 22,2 grados y fueron atendidas más de cinco mil personas y enviadas al hospital nada menos que 73. El discurso del *supera tus límites* lleva a estas cosas: a veces, son los límites los que lo superan a uno. En España se ha llegado a dar el caso —sucedió en 2016— de que dos corredores perecieran en una misma maratón. Ocurrió en la Vías Verdes de Ojos Negros de Castellón: un corredor de 57 años murió durante la carrera y otro de 45 al volver al hotel.

Alimentado por esta histeria, en los últimos tiempos ha llegado a florecer pasmosamente un *non plus ultra* del disparate: el dopaje *amateur*, que, convertido ya en un negocio tan lucrativo como el narcotráfico, y desarrollado en una constelación de laboratorios clandestinos, aprovecha el hecho de que, mientras que el sector profesional del deporte está sometido a controles rigurosos, en el *amateur* apenas existen. Sobre la cuestión no es mucho lo que se sabe, pero algunos estudios basados en cifras proporcionadas por las autoridades aduaneras señalan un aumento en el consumo de anabolizantes y otras sustancias ilegales para incrementar las posibilidades de triunfo en toda clase de pruebas deportivas. El dopaje *amateur* es especialmente popular en el ámbito de la musculación, pero también extiende sus tentáculos a los deportes de equipo y a las carreras. Según algunas investigaciones, en los gimnasios, una de cada cinco personas toma sustancias ilegales que mejoran el rendimiento; y ha llegado a ocurrir que del

Maratón de Filípides italiano, una prueba para aficionados cuyo lema es «mejor ser el último limpio que el primer tramposo», se imputara a 34 atletas por justamente eso: doparse. Preguntado por la cuestión, Mischa Kleber, científico de la Universidad de Ciencias Aplicadas de Darmstadt y asesor de la Federación Olímpica Alemana, comentaba esto: «Vivimos en una sociedad de alto rendimiento, y para muchas personas es importante demostrar que están en condiciones de lograr algo. Quieren demostrar que son ganadores. Muchos lo hacen en el trabajo, pero cada vez más también en el deporte *amateur*». ¹⁹⁷ Abunda en ello Marcos Pereda en un artículo sobre el tema para *Ctxt*: «Lo que antes eran comentarios de barra de bar, de cafetería a mitad de salida en bici (los kilómetros, las medias, los días de la semana que se ha podido entrenar) son ahora objeto de escrutinio público casi al momento. Voluntario, sí, pero no por ello menos exigente. Quizá incluso más. Presión autoimpuesta». ¹⁹⁸

Por todo lo anterior, ha comenzado a ser frecuente que las carreras exijan una prueba de esfuerzo y hasta un electrocardiograma como condición para participar. Pero ello se ha convertido en un pingüe negocio para las clínicas privadas en tanto la Seguridad Social —como es lógico— no cubre tales certificados, que vienen a costar entre cien y ciento ochenta euros. ¹⁹⁹ Algunas incluso ofrecen chequeos económicos asociados a cupones descuento; y las hay que incluso abaratan el coste realizando reconocimientos laxos o ninguno en absoluto. En el siglo XXI, siempre hay *deep webs* en las que uno puede encontrar aquello que busca, sea lo que sea y aunque caiga fuera de los límites de la legalidad y aun de la moral más elemental. Existen bufetes de abogados que brindan asesora-

¹⁹⁷ Binder (2017).

¹⁹⁸ Pereda (2019).

¹⁹⁹ Moro (2017).

miento legal a los evasores fiscales *antes* de cometer el delito y también médicos negligentes, dispuestos a desconocer su juramento hipocrático.

De cualquier modo, muchas carreras todavía son reticentes a prescribir estos certificados que se calcula que podrían evitar hasta el noventa por ciento de las muertes súbitas en el deporte. ²⁰⁰ Y a este porqué también puede responderse con un *because capitalism*. Tal y como explica Iker Martín, «si se nos pide un reconocimiento médico la gente no se apunta. Y es que somos así. Nos gastamos 150 euros en unas deportivas para correr [...] una media maratón y 90 euros en la inscripción, pero si nos piden un certificado nos parece un robo. Y si no hay X inscritos la prueba no se hace». ²⁰¹ En Italia, la ley exige la presentación de un certificado desde 1971, ²⁰² pero en España no existe esa obligación, y allá donde no existe, en efecto, los corredores no se lo hacen, lo que Manonelles también relaciona con que «la gente le tiene miedo, por aquello de “me van a encontrar algo”». ²⁰³ Es ése un pensamiento curioso; una especie de creencia brujeril en la taumaturgia de las palabras que operara también en sentido inverso. Si no se nos dice que estamos enfermos, no lo estamos; y no solo no lo estamos sino que podemos correr dos maratones en quince días: algo así como cuando el Coyote, burlado por el Correcaminos, corre hasta más allá del borde de un precipicio, pero solo se cae cuando se da cuenta.

El miedo a ir al médico se llama propiamente *iatrofobia*, y es una aversión que va en aumento y que, entre otras cosas, alimenta una suerte de *revival* druídico desplegado en engañifas como la herbología, la rizotomía, la naturopatía o

²⁰⁰ Carreras Populares (2016).

²⁰¹ Martín (2016).

²⁰² Carreras Populares (2016).

²⁰³ Cifuentes (2017).

la homeopatía, que hacen el agosto aprovechando la ignorancia, la desesperación y el miedo de sus pacientes. Tal vez correr maratones sea otra de esas brujerías a que se entregan hoy los ciudadanos de Occidente; una, si acaso, algo más refinada. Cree el maratoniano que hacer deporte, cuanto más deporte mejor, solo puede significar efectos beneficiosos para su salud y el reconocimiento médico le parece en consecuencia absurdo: esté bien de salud o no —razona—, correr solo puede ser remedio, nunca mal. «Lo que te hace sentir bien no te puede causar ningún daño», decía Janis Joplin de las drogas que la acabaron matando; y estas también matan a veces. El primer maratoniano fue también la primera víctima: según la leyenda, Filípides cayó muerto en Atenas justo después de pronunciar una sola palabra, *nenikekamen*. O sea: «hemos ganado».²⁰⁴

²⁰⁴ Alan Billows (2010), p. 37.

El goce del acontecer

Denme el limpio cielo azul sobre la cabeza, el verde pasto bajo los pies, un camino sinuoso ante mí y tres horas de marcha hasta la cena... y entonces: ¡a pensar! Raro es no comenzar algún juego en esos solitarios brezales. Río, corro, salto, canto de alegría. Desde el punto aquel donde giran las nubes, me sumerjo en mi ser pasado [...] Es en circunstancias como estas cuando cosas tiempo atrás olvidadas, «pecios hundidos e incontables tesoros», estallan ante mis anhelantes ojos y comienzo a sentir, a pensar, a ser de nuevo yo mismo.

William Hazlitt.

Juanjo Garbizu es uno de los nuestros. Autor de dos libros correlativos publicados en 2012 y 2016, *Monterapia: cuesta arriba se piensa mejor* y *Slow mountain: porque en la montaña el tiempo se detiene*, este montañero vasco es —lo explica en *Slow mountain*—, «de la opinión que atravesar el Valle de Ordesa, por poner un ejemplo conocido, hasta la famosa cascada de la Cola de Caballo a ritmo acelerado, como si quisieses batir un récord de velocidad, es como visitar el museo del Louvre en París y cruzar por sus inmensas galerías sin pararte a contemplar ninguno de sus maravillosos cuadros».²⁰⁵ Garbizu incluye en ese libro un manifiesto con preceptos como los siguientes: «Camina o pasea por los espacios naturales buscando ese ritmo cómodo que te permita disfrutar de todo y con el que a la vez puedes recorrer largas distancias.

²⁰⁵ Garbizu (2016), p. 77.